

UNA CLASE DE METAFÍSICA CON MONSEÑOR CASTRO SILVA

Por **Julio Gómez Gómez**
Ex-alumno Rosarista

Son las once del día en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. La campana ordena el final del recreo. Los alumnos penetran al salón de estudio. Sobre su sitial de piedra permanece el Fundador en estatua de bronce mirando hacia adelante, como si vigilara la entrada desde el centro del claustro. En medio del silencio los arcos del patio rosarista, las placas de mármol incrustadas en los muros, la secular escalera de piedra dejan oír la voz invicta del pasado.

Se anuncia la clase de metafísica que dictará en seguida el Rector. Estudiantes de la facultad de jurisprudencia, profesores y amigos también asisten. Distribuidos están en semicírculo los pupitres que ocupan los discípulos en cuyos rostros se dibujan líneas de ansiedad, porque como es sábado el tema debe ser escogido por éstos. Castro Silva es orador famosísimo, cuya asistencia a la Comedia Francesa le da un nimbo anecdótico que algunos desfiguran sin mala intención. Hay que verlo y oírlo.

Se percibe un suave aroma eclesiástico... Agil, elegante, casi solemne hace su entrada Monseñor al aula. La sotana, que encubre la mediana estatura, es de severo corte. Sobre el calzado pulido está la hebilla jerárquica que acompaña con su reflejo el ponderado paso. Se detiene ante la mesa catedrática. No ocupa la silla, ni llama a lista. En cambio, enciende el indefectible cigarrillo con delectación. Mira al auditorio en rápido escrutinio. Comienza a hablar:

"He querido que la metafísica sea en este Colegio Mayor el arte de comprender la realidad nacional. Pregunten ustedes lo que quieran acerca de esta realidad que veo aprisionada en el escepticismo colombiano, como obstáculo a la acción creadora que descuajara nuestras selvas, explotara nuestras tierras y comunicara nuestros mares... Cada uno practica a su manera la frase de Montaigne: "Yo me dejo ir tal como he venido, no combato nada..."

Todos observan al ilustre levita, como escudriñándole. Amplísima la frente. Los negros ojos de clarísima mirada parecen dirigir la or-

questación de la palabra, en perfecto ritmo con las finas manos que dibujan sobre el aire el inconfundible perfil de las imágenes. Nadie quiere interrumpirlo. Expresando su visión de la patria dijérase que es un profeta que camina sobre una cordillera. Calla de repente... Las preguntas que tenían listas los alumnos, perdidas están ahora, como débiles puntos, en la jubilosa perspectiva que el Maestro señala. Prosigue aquel silencio que sólo a él pertenece... Y continúa:

“Ahí tienen ustedes una demostración del escepticismo colombiano. Sufrimos la sed de saber lo que ignoramos, pero no confiamos en la virtud de nuestros planteamientos. Recuerden la definición que Confucio dio de sí mismo: “Soy un hombre que no se cansa de aprender ni se acobarda de enseñar”. ¡Supongan que soy como aquel que así se definió, y pregunten!”

—**Un alumno.** Su Señoría: explíquenos el escepticismo de que habla.

—**EL RECTOR.** “¡Obtener el máximo de resultados con el mínimo de energías! Esto, que es una vieja ley de economía política contra el despilfarro que el Estado suele hacer de los recursos comunes, nos ha llevado a dudar de nuestro esfuerzo —que es un gasto de energía— y a no creer en ningún resultado. Colombia es un país de potencialidades extraordinarias que ignoramos en concreto, tanto como presumimos conocer en abstracto... Dejamos a los gobiernos la tarea de buscarlo, obtenerlo y destruirlo todo... Porque algunos triunfan al socaire de la facilidad, la buscamos impacientes. Y porque otros caen vencidos ante la dificultad, la rehuímos miedosos. Unimismamos estos dos conceptos, que se excluyen, y nos sumimos en la ataraxia de los pirrónicos. Permanecemos tranquilos, sosegados o quietos. Nos negamos a intentar el desarrollo de nuestra personalidad y a contribuir como es debido al de la Nación. Nos rendimos a la excepciones y volvemos la espalda a las leyes generales de la vida. Súbitos somos del mínimo esfuerzo. Es el escepticismo colombiano...”

—**Un alumno.** Su Señoría: pero de ésto tienen la culpa los gobiernos, que buscan otras cosas, como la persecución religiosa, por ejemplo.

—**EL RECTOR.** “¡Ah!”. ¡La persecución religiosa! Le contesto sin acudir a dialécticas. Mas bien le relato algo. Hace ya unos cuantos años acudió a la rectoría de este Colegio Mayor un padre de familia en solicitud de matrícula para su hijo, y me habló así: “Vengo a preguntarle si es posible que mi hijo, que tiene ribetes de libre pensador, siga sus estudios en este claustro. En otra parte le han negado el ingreso por esa circunstancia que allá estiman invencible y que relativamente se extiende a mí por ser como soy amigo de la cátedra libre”. Esto movió especialmente mi curiosidad. El solicitante era de porte muy distinguido, y su lenguaje llano me determinó a responderle sin vacilar: Este Colegio aún se rige por las constituciones de su Fundador. Muchos librepensadores, como su hijo, aquí han tenido sitio preferente. No solo no considero incompatible aquella circunstancia con la filosofía secular de la Institución Rosarista, sino que la juzgo útil para que él satisfaga libremente la necesidad metafísica que todos te-

nemos de formarnos un juicio propio de las cosas. Lo que en otra parte fue obstáculo, aquí no lo es ni lo será. Aquel padre de familia era don Alfonso López, tiempo después Presidente de la República, y su hijo, don Alfonso López Michelsen, doctor de nuestra Facultad de Jurisprudencia. Hoy tenemos un gobierno que con serenidad inocultable ejecuta las reformas del anterior, y no sé de un solo púlpito en que anide el temor. ¿Quién está haciendo, pues, la persecución religiosa de que usted ha hablado?”

—**Un alumno.** Su Señoría: ¿en oratoria es buena la imitación?

—**EL RECTOR:** “En la tierra hay pocas cosas originales. Como no estamos teorizando le contesto con una anécdota. En un pueblo de Francia las gentes sufrían el desvío más terrible en su conducta. Todas las perversiones habían asentado allí sus reales. La jerarquía eclesiástica, agotados todos los remedios, acudió a uno de sus mejores oradores para encomendarle la tarea de restaurar la virtud. El prelado subió a la sagrada cátedra en el pueblo redimible, y majestuoso inició su oración con estas palabras pronunciadas en ascendente gradación fonética: FE... FEE... FEEE..., con las cuales también terminó. Y el pueblo recorrió la fe. Varios lustros después un antiguo monaguillo, ya doctorado —que había visto el milagro— logró que lo designaran como predicador en una festividad eclesiástica del pueblo más católico de Francia. Subió al púlpito, y —en trance de imitación oratoria— concluyó su sermón con aquellas palabras inolvidables: fe... fi... fiii. Y el pueblo perdió la fe. El trágico efecto fue el resultado de un defecto de la voz...”

Y así continuaba el Rector Magnífico desarrollando los temas que le proponían sus discípulos y otros, pero especialmente los relativos a la realidad colombiana, en aquella clase de un sábado luminoso en 1941, cuando la campana anunció que había llegado la hora del mediodía. Al dejar el aula repetimos la frase de Maya en su Rosa Mecánica:

¿Qué metafísicas estoy oyendo?